

## LA NOVELA CINEMATOGRAFICA

### HABLANDO CON BLASCO IBÁÑEZ

J. Jorge Vinaixa

Lo encuentro en la Pensión Francesa rodeado de maletas y baúles; atareado en la prosaica tarea de arreglar el equipaje. Llegó por la mañana de París y parte por la tarde para Madrid, Sevilla, Granada...

Blasco Ibáñez desde hace muchos años viaja, viaja siempre; su imaginación le empuja a renovar visiones y ambientes; su espíritu inquieto lo lanza a la aventura y su actividad infatigable lo pone en marcha constante.

Así su estancia desde que salió de Valencia, ha sido accidental en todas partes; hogar perdurable no lo fundó en ninguna: tuvo casa en Madrid y en Buenos Aires; ahora la tiene en París; mañana, es tal vez seguro, que elija para morada algún tiempo a Barcelona.

La autovida de Blasco Ibáñez sería su mejor novela; pocas historias tan variadas de matices, tan fecundas en accidentes, tan nobles en empeños, tan amenas, interesantes y provechosas, pueden ofrecer los españoles ilustres de nuestra época.

Medio siglo de vida cumplirá pronto Blasco Ibáñez y ya algunas de sus aventuras parecen pertenecer a la leyenda.

Niño aún, escribe novelas que Fernández y González y Pedro Antonio de Alarcón, pudieran firmar; adolescente, convierte la pluma en espada defensora de la democracia y sufre cárceles y destierros, y al asomar el bozo a su cara parte para Argel e Italia y trae, como fruto de sus expediciones, dos libros encantadores: *En el país de Barbarroja* y *En el país del Arte*, que evocan las tierras de la costa africana, nidos de piratas y las bellas ciudades del Lacio, pobladas de monumentos inmortales.

Luego... ¿a qué seguir? No soy yo, su amigo íntimo y su compañero en aquella lucha, el indicado para relatar los hechos determinantes de su voluntaria inhibición de la vida política. Sí haré notar que mientras luchaba con cruenta dureza en la guerra civil que habían desatado en Valencia las banderías republicanas, daba a luz libros tan admirables como *La barraca*, *Cañas y barro*, *Entre naranjos*, *Sónnica la Cortesana* y otros, que lo colocaron entre los primeros novelistas españoles.

Porque Blasco Ibáñez posee la rara facultad de simultanear actividades creadoras. No puede estar parado; su imaginación lo empuja a nuevos campos de vida. Deja la política y se convierte en viajero oriental, en gran cultivador y fundador de ciudades en las pampas argentinas.

Y cuando fatigado regresa a Europa, nuevos libros enriquecen desde París el tesoro literario español.

Ahora Blasco Ibáñez no escribirá libros en mucho tiempo, pero hará arte y novelas. Prepara una revolución... literaria-cinematográfica.

—La idea que voy a exponerte —me dice—, germinó hace tiempo en mi espíritu. Yo, como otros escritores, he soñado con un idioma universal y creo haberlo encontrado en el cinematógrafo. La novela escrita expresa con debilidad la parte psicológica; no reproduce

fielmente los estados del alma. Y si se traduce a otros idiomas, por bueno que sea el traductor, siempre resulta incompleto: atenúa, modifica, no acierta a identificarse con el ambiente, ni a sentir los personajes de la obra de la manera que los concibió el autor. Además, las producciones literarias, por famoso que sea su creador, raras veces adquieren el carácter de universalidad. El cinematógrafo resuelve estas dificultades: es la visión y la acción; de manera plástica, con idioma mundial, hace ver y narra a la vez. Meses pasados nos reunimos a comer en París varios literatos, entre ellos Gabriel D'Annunzio. Surgió incidentalmente este tema de conversación, y el gran poeta y yo coincidimos en apreciar en que el soñado idioma universal era el cinematógrafo. Desde aquel día me preocupé de ello y decidí hacer novelas cinematográficas. He buscado como colaborador a un colega, a Max André, pintor y autor dramático, que lleno de fe y entusiasmo en nuestro empeño, ha abandonado su empleo para seguirme en mi empresa. André está dotado de gran espíritu artístico y dará a los *films* expresión poética. En París existe en los medios cinematográficos gran expectación: esperan de nosotros cosas extraordinarias. Empezaré mi labor con Sangre y arena.

—Pero yo —continúa Blasco Ibáñez— aspiro a enaltecer mi patria con la expresión cinematográfica. Somos los últimos en llegar al cinematógrafo; hasta la pequeña Dinamarca entró de lleno con gloria y provecho en esta industria; mi deseo más vehemente es el de que nos pongamos a la cabeza de las naciones más adelantadas. España, país monumental, bello, histórico y poético, es poco conocido o mal conocido; yo lo presentaré en el film honrado, si a tanto alcanza mi fortuna, su figura simbólica más grande: a don Quijote.

Mira —añade—, todo este montón de papeles son documentos y notas que desde hace ocho meses acopio para mi empresa. La obra inmortal de Cervantes no ha podido salir del libro; cuantos intentos de llevarla al teatro se han hecho, han fracasado. No me es oculta la dificultad de expresarla cinematográficamente y por lo mismo pongo en conseguirlo toda la suma de voluntad que poseo. No puedes figurarte lo que he sufrido y trabajado para hacer el *escenario* o *poema cinematográfico*. He leído cuanto se ha escrito en España sobre comentarios en la interpretación de Don Quijote: estas doscientas hojas que ves me han dado más que hacer que dos novelas de trescientas páginas cada una; pero, afortunadamente, ya he terminado mi tarea, ya tengo el plan, el método, ya estoy en condiciones de dar comienzo a mi trabajo activo. El hecho de firmar como arreglador de Don Quijote me emociona y me anonada; mas pienso que es una gloria para España que nuestro hidalgo manchego recorra triunfador los escenarios del mundo, y esto me decide. La acción de Don Quijote resultaría monótona; pero aquí se toca la gran ventaja del cinematógrafo, que permite en su escenario ver lo que pasa en la realidad y lo que sueña la fantasía. Don Quijote, en el *film*, vivirá estas dos vidas, y así ante los espectadores surgirán, a la vez que los manchegos, los castillos medioevales; con las maritornes aparecerán las princesas; los ataques a los molinos de viento serán a la par luchas con los gigantes, y a la dispersión de rebaños de ovejas, lanza en ristre por el gran desfacedor de entuertos, acompañará el vencimiento de los ejércitos de Alifanfarón y de Pentapolín el del Brazo Arremangado. Nuestro héroe lo encarnará un gran actor francés, tipo físico clavado de Don Quijote, que no necesitará caracterizarse; Victoriano Sardou quería escribir un *Don Quijote* para que lo representara el artista de que se trata. Atento al decoro que exige tan gran empresa, no regatearé gastos; hasta pienso reconstruir una ciudad de la Edad Media, con sus torres, murallas y todo su recinto fortificado. Figuran en la obra ocho mil hombres y dos mil caballos, ejército que no se ha visto aún en la cinematografía. La entrada de Don Quijote deseo que resulte una visión grandiosa; las principales sastrerías de teatro de España y del extranjero están ya trabajando para vestir personal tan numeroso. El coste lo calculo en más de un millón de pesetas que, claro está, no son todas mías; me ayudan los industriales que tienen confianza en mi éxito cinematográfico. En fin, esta obra será la más grande y costosa que se ha hecho en el mundo.

Quiero, repito, poner a España a la cabeza de las naciones en cuestión cinematográfica. Para mí el sentido utilitario es secundario; trabajo por el arte y por la patria.

Dos horas después despedí a Blasco Ibáñez para Madrid y todavía en la estación me expuso planes de grandezas cinematográficas, proyectos de teatros y talleres en Barcelona, que aspira a convertir en mercado mundial de la industria a que ha consagrado por ahora sus grandes talentos, iniciativas y actividades.

¿Triunfará? Arrestos tiene para ello, y sobre todo, amor en su empeño.